

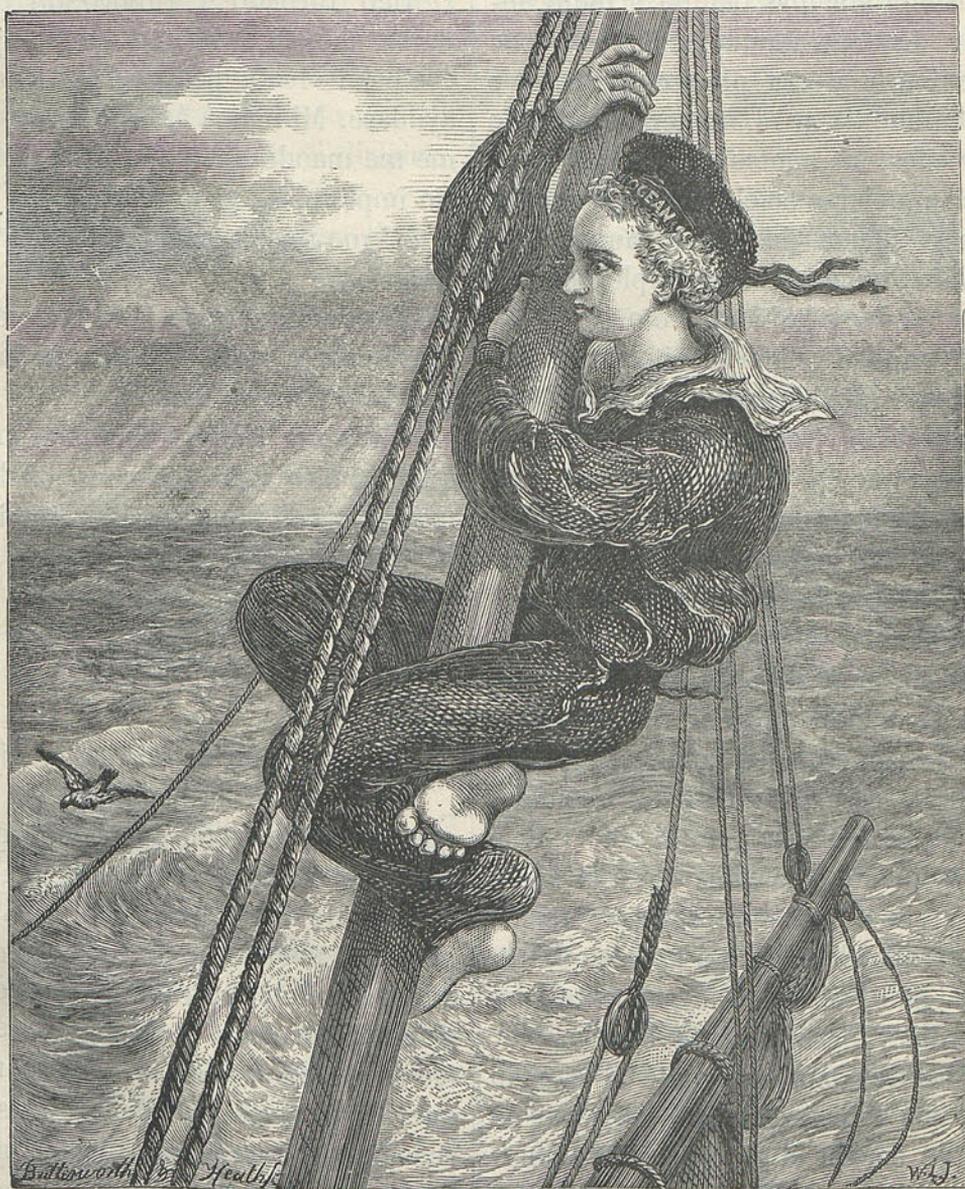
EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO

AÑO VII.

MADRID 4.º DE JULIO DE 1880.

NUM. 76.



EL GRUMETE.

EL GRUMETE.

Era una tarde horrible: la furiosa tempestad azotaba nuestro buque con tanta violencia, que parecia imposible resistiera por más tiempo á tanto ímpetu. Las olas inundaban á veces toda la cubierta y era preciso arrimarse á la barandilla para no ser arrebatado por ellas, las puntas de los palos parecían mojarse en el Océano, y crujían por la fuerza del viento aunque no llevaban ninguna vela desplegada; de otro modo se hubieran roto.

El capitán velaba solícito porque no se desplegara ninguna vela, porque esto nos hubiera traído la perdición; y al divisar que en el palo mayor se aflojaban un tanto las cuerdas que sujetaban la vela mayor, gritó con su bocina: «Paco sube al momento á tirar y atar bien las cuerdas.»

Paco, muchacho de 17 años oyó la voz de mando, miró al palo que otra vez se sumergía en la mar, y pálido como la cera pero con voz decidida, contestó: «Sí señor, en el acto.» Bajó un momento á su camarote volvió luego y sin la más leve señal de miedo emprendió la peligrosa ascension; trepó al palo, se agarró fuertemente á las cuerdas y logró asegurar la vela.

Mientras tanto pregunté al capitán por qué habia expuesto á este jóven en vez de confiar el encargo á un aguerrido marino.

«Los hombres caen, los muchachos

se mantienen,» contestó secamente. «Paco sabe trepar como una ardilla.»

No muy satisfecho por esta contestacion esperé la vuelta del grumete, y le pregunté: «¿Por qué bajaste al camarote cuando te llamó el capitán?»

Algo turbado y ruborizado tardó un instante en contestar; luego dijo en voz baja: «Iba á pedir á Dios que me ayudase. Mi mamá ántes de despedirme me mandó que nada emprendiese sin implorar su proteccion.»

«Y ¿no tuviste miedo en tan crítica situacion?»

«No señor, porque Dios ha prometido librar á todos los que en la angustia invocan su auxilio.»

«Feliz muchacho,—dije para mí,— que tan bien sigue los consejos de su madre, y con tanta sencillez se fia en la promesa de su Señor.»

EL ARO.

El aro ha sufrido muchas modificaciones. Al principio no era más que un simple círculo de madera arrancado de un viejo tonel; luego fué un círculo, de madera tambien, pero preparado y pintado de diversos colores; en seguida fué guarnecido de unas campanillas que con el movimiento de rotacion producian un verdadero repique; despues se le añadieron unas varitas que le atravesaban diagonalmente cruzándose; y por último, se compone de tres ó cuatro órdenes de

círculos clavados ó encolados juntamente. Estos son infinitamente preferibles por su solidez, y se puede hacer que corran una gran distancia sin que experimenten la más ligera oblicuidad.

El juego del aro, no puede ejecutarse sino en un terreno vasto y muy llano. Se hace girar el aro como una rueda, manteniéndole siempre en el mismo movimiento, para lo cual, y para acelerar su marcha y dirigirlo, se usa generalmente un palillo.

Hay varios modos de jugar al aro. Cada niño conduce su aro impeliéndolo delante de sí, pegándole con el palillo como queda dicho. Colócanse todos unos detrás de otros. Si alguno de los jugadores deja caer su aro, ó se separa de la fila, pierde su sitio y va á ponerse á la cola, y aun puede convenirse en que no juegue más en aquella partida. El director ó jefe, que ordinariamente es el más hábil, da mil vueltas y revueltas con su aro, á fin de

desconcertar á sus compañeros poniéndolos en la imposibilidad de seguirle.

Pero el más bonito de todos estos ejercicios, es sin duda alguna, la *guerrilla de los aros*. Los niños se dividen en dos grupos. Cada uno se halla armado de un aro y del palillo destinado á darle movimiento. Los dos grupos se colocan el uno frente al otro, dejando entre cada jugador un espacio suficiente para que una persona pueda fácilmente pasar. Una vez tomadas estas disposiciones, cada jugador hace correr su aro, y trata de dirigirlo por el espacio dejado de un niño á otro, procurando que su aro no tropiece con el del jugador de enfrente. Si todos los jugadores son de igual fuerza y sus aros se cruzan bien todos juntos, no puede imaginarse una perspectiva más bella. Así que todos los aros y sus conductores, cambiando de sitio de este modo, todo el mundo da vuelta, y vuelve á cruzarse de mano.

GUARDANOS BAJO TUS ALAS.



En un pueblo de un distrito minero vivía una piadosa familia, padre, madre y una hija de 7 años, en una casa bastante antigua. En la bodega había un pozo cubierto con unas tablas, porque no se hacía uso de él. Todas las noches ora-

ba la madre con su hijita, una hermosa niña, la siguiente corta oración: «Guardanos, oh Jesús, bajo tus alas, acéptanos en tu gracia y está siempre á nuestro lado.» Por la mañana también repetían lo siguiente: «Tómanos en tu regazo y guárdanos cuerpo y alma de todo mal.»

La pequeña Laura estaba un día en su jardinito y había encontrado la primera violeta que aquella primavera

crecía en él. Llena de alegría corrió á enseñársela á su madre. Esta se hallaba en la bodega recogiendo legumbres para el siguiente día. Laura, gozosa con su hallazgo, baja allá por una escalera enteramente carcomida y podrida que había encima del pozo. Una de las tablas se rompió repentinamente y Laura vino á caer en lo profundo del pozo, ochenta piés bajo tierra.

Nadie es capaz de descifrar el espanto de su madre. Pero la voz de la niña se oía desde el abismo gritando: «Querida mamá, librame, ayúdame.»

Esta subió á llamar á su esposo á quien contó lo sucedido. El infeliz padre se acercó temblando al borde del pozo y orando á Dios por la salvación de su querida hija. Una porción de vecinos se habían reunido al oír referir tal desgracia; uno de ellos había sido minero. La niña oraba en alta voz: «Querido Jesús y Salvador, envíame un ángel que me saque de este agujero.»

Al percibirse estas voces prueba de la existencia de la niña, se trajo un fuerte cordel, se aseguró á él un cubo y el buen minero se dejó descolgar en lo profundo del pozo. Halló á la niña viva é ilesa suspendida y colgada por sus vestidos de un clavo que debían haber puesto allá al construir el pozo.

¡Qué gozo inefable sintieron los padres al estrechar á su hija en los brazos! Con cuanta confianza y gratitud dijo en adelante la niña su oración diaria: «Guárdanos ¡oh Jesús! bajo tus alas.»

JESUS NO LO HUBIERA HECHO.

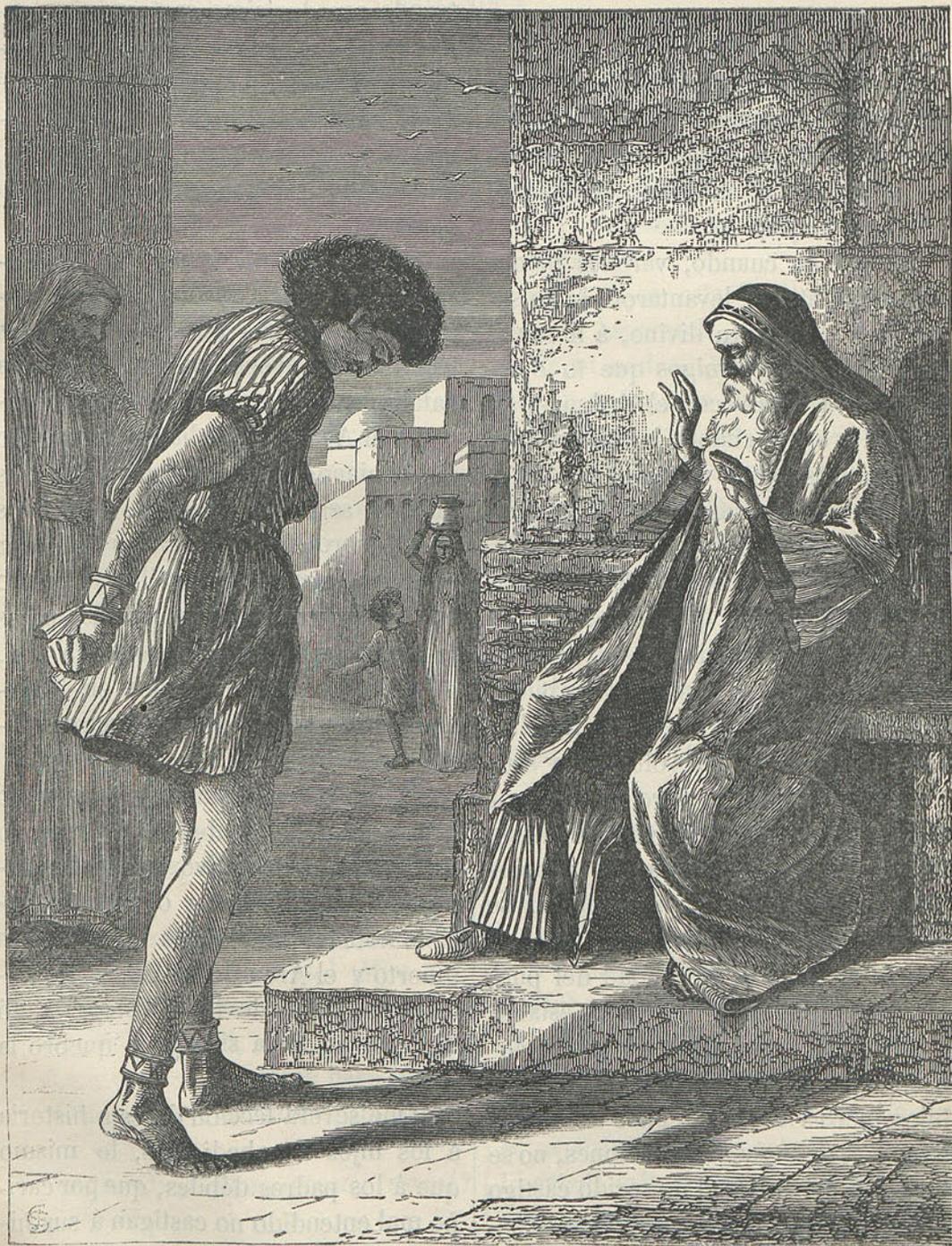
En los países donde se interesan por las misiones entre los gentiles, es la costumbre en muchas casas de tener un cepillo donde se recogen los dones pequeños y grandes. El domingo después del culto de familia, se pone el cepillo sobre la mesa y cada uno echa lo que puede ó quiere. Muchos niños en vez de gastar en golosinas los ochavos y los cuartos que les dan, los guardan para echarlos en el cepillo.

Estó dicho, vengamos á la historia. Un domingo por la mañana, el cepillo estaba sobre la mesa, al lado de la grande Biblia, y Blanca, una niña pequeña que había ido á buscar el cuarto que se le había olvidado á su aya, no volvía. Llegó por fin con las mejillas encendidas, y el semblante triste.

«Ven, hija mia,» le dijo su madre, «cuéntame lo que te pasa, y dime por qué has tardado tanto...»

«¡Ay! mamá,» dijo la niña mirando á su madre con los ojos llenos de lágrimas; «había entrado en tu cuarto y quise coger algunos cuartos que estaban en tu mesa, y meterlos en el cepillo, pero... he pensado que Jesús no lo hubiera hecho, y me fuí corriendo y ahora me arrepiento, me dá vergüenza.»

Amiguitos, tened siempre presente. «Jesús no lo hubiera hecho,» y este pensamiento os alejará del mal.



EL SUMO SACERDOTE ELÍ.

EL SUMO SACERDOTE ELÍ

Y SUS PERVERSOS HIJOS.

Es una triste época en la historia del pueblo de Israel la llamada de los jueces. No había ningún rey ni gobernador capaz de mantener el orden y administrar justicia.

De vez en cuando, varones piadosos y valientes se levantaron, impulsados por el espíritu divino, á librar al pueblo de los enemigos que lo oprimían, y á establecer el orden en el país. Pero en cuanto la muerte les cerraba los ojos, volvía el pueblo á caer en las mismas lamentables condiciones.

En estos tiempos vivió Elí, que por el elevado puesto que ocupaba, pues era el Sumo Sacerdote, era llamado ántes que ninguno á velar por la buena observancia de las leyes. No le faltaron tampoco buena voluntad y sentimientos piadosos, pero careció por completo de energía y actividad, hasta el punto de tolerar que sus propios hijos, á pesar de ser sacerdotes, se entregaran á los vicios, corrompiendo con su ejemplo la moralidad del pueblo, aún más de lo que ya lo estaba.

El padre se contentaba con amonestar y reprender á los depravados hijos, pero viendo que ellos no hacían ningún caso de sus exhortaciones, no se atrevió á aplicarles el merecido castigo que reclamaban de consuno sus deberes de padre y de juez.

Por tanto, Dios resolvió suplir con

su propia mano la inercia de Elí mostrando con durísimo castigo que nadie puede burlarse de él impunemente. Y para que el castigo hiciese más efecto, anunció de antemano á Elí, por conducto de un profeta, que sus dos hijos morirían en un mismo día.

Así fué efectivamente. En una encarnizada guerra que los Israelitas sostenían contra sus antiguos enemigos los Filisteos, vencidos en sangrienta batalla, recurrieron como último recurso al Arca de la Alianza, creyendo que teniendo este santuario entre sus huestes serían invencibles. Los hijos de Elí fueron los encargados de llevar el Arca al campo de batalla, y cuando en el próximo encuentro los Israelitas fueron derrotados por segunda vez, sucumbieron también ellos en la general matanza, cayendo el Arca en manos de los paganos.

El anciano Elí estaba sentado junto á la puerta del Tabernáculo cuando llegó el primer fugitivo que había escapado del desastre; y oyendo la terrible noticia que sus dos hijos habían muerto y el Arca de la Alianza se hallaba en poder de los Filisteos, cayó hácia atrás de la silla y se quebró la cerviz.

¡Qué severa lección da esta historia á los hijos desobedientes, lo mismo que á los padres débiles, que por cariño mal entendido no castigan á sus hijos cuando estos lo merecen.

ROSITA.



osita era una niña de siete años, bonita como el sol y alegre como unas pascuas. Quería mucho á su mamá, y esta le pagaba su cariño dándole una excelente educacion.

Todos admiraban la bondad de carácter de la niña, y el cuidadoso afán y tierna solicitud de su madre. Los amigos de casa querían y obsequiaban mucho á Rosita, porque *nada hay en el mundo mas apreciable que la verdadera virtud.*

Deseoso un amigo de la casa de hacer un obsequio á Rosita, le regaló una hermosa curruca que habia cogido en el nido.

Rosita, llena de alegría, de esa alegría infantil, pura y llena de vida, acariciaba con su manita derecha á la hermosa avecita, que tenia sujeta con la izquierda, y echó á correr á enseñarla á su madre.

«Mamá, mamá, gritaba: ¡mire Vd. qué pajarito tan hermoso! ¡Mire Vd. cómo me dá picotazos, cómo chilla!»

«Sí, hija mia, sí, chilla, porque es el único medio que posee para expresar su dolor. Ese chillido es un llanto, es..... su gemido.»

«Pues qué, ¿llora acaso, mamá? ¿Y porqué?»

«¿Sabes por qué, querida? porque se acuerda de sus hijitos, que no tie-

nen mas que á ella que los alimente y les dé calor y les enseñe á volar. Esa avecita sufre ahora mucho, hija mia, porque se acuerda de sus hijos.»

«¿Y qué será de ellos, mi querida mamá?»

«Sus hijos estarán llorando tambien, y esperando en vano la llegada de su madre. Quizá á estas horas ya habrán muerto de hambre ó de frio.»

La sensible Rosita se quedó pensativa. Sus ojos se llenaron de repente de lágrimas: miró alternativamente á su madre y á la pobre curruca (que parecia suplicarle), y exclamó sollozando:

«¿Con que es lo mismo que si á mí me hubieran quitado á mamá para no volver á verla?»

«Lo mismo, Rosita, lo mismo. ¿Qué dirías entónces?»

«Que me la vuelvan al instante, porque la quiero mucho; porque me quiere á mí tambien; porque es muy buena para mí y yo lo soy para ella.»

«Y bien, querida mia....»

«Y bien, mamá....»

Hubo un momento de silencio. Rosita abrió insensiblemente la mano izquierda, y la pobre avecita se vió libre, extendió su vuelo con la alegría que se experimenta al recobrar la perdida libertad, y Rosita la vió dirigirse á su nido para dar á sus pequeños hijitos el alimento y la vida.

Alegre Rosita se echó en los brazos

de su mamá, estampó en sus mejillas los mas cariñosos besos, y en aquel instante comprendió la felicidad que experimentarían los hijos de la curruca que habia recobrado la libertad.

No dudeis, hijas mías, que Rosita estuvo satisfecha y contenta aquel día por haber hecho una buena acción, y que con el tiempo llegará á ser una excelente hija y una cariñosa madre.

DIGNO DE REFLEXION.

En el mundo viven próximamente unos mil millones de personas. La vida del hombre por término medio, está calculada en 33 años. Partiendo de este supuesto resulta que mueren cada 33 años mil millones de hombres. Puede calcularse por tanto:

- 1.º En cada año mueren 33.300.000.
- 2.º En cada día 83.000.
- 3.º En cada hora 3.450.
- 4.º En cada minuto 60.
- 5.º En cada segundo 1.

Han muerto por consiguiente en el año 1879 más de treinta y tres millones de hombres. Cada día ha apartado el Señor de este mundo 83.000 almas, cada hora que tú pasas en jugar y divertirte, deben aparecer 3.450 ante la faz de su juez, cada minuto son apartados de sus compañeros 60; cada vez que respiras pasa una alma á la eternidad.

Esto es terrible y trae muchas consideraciones á tu mente.

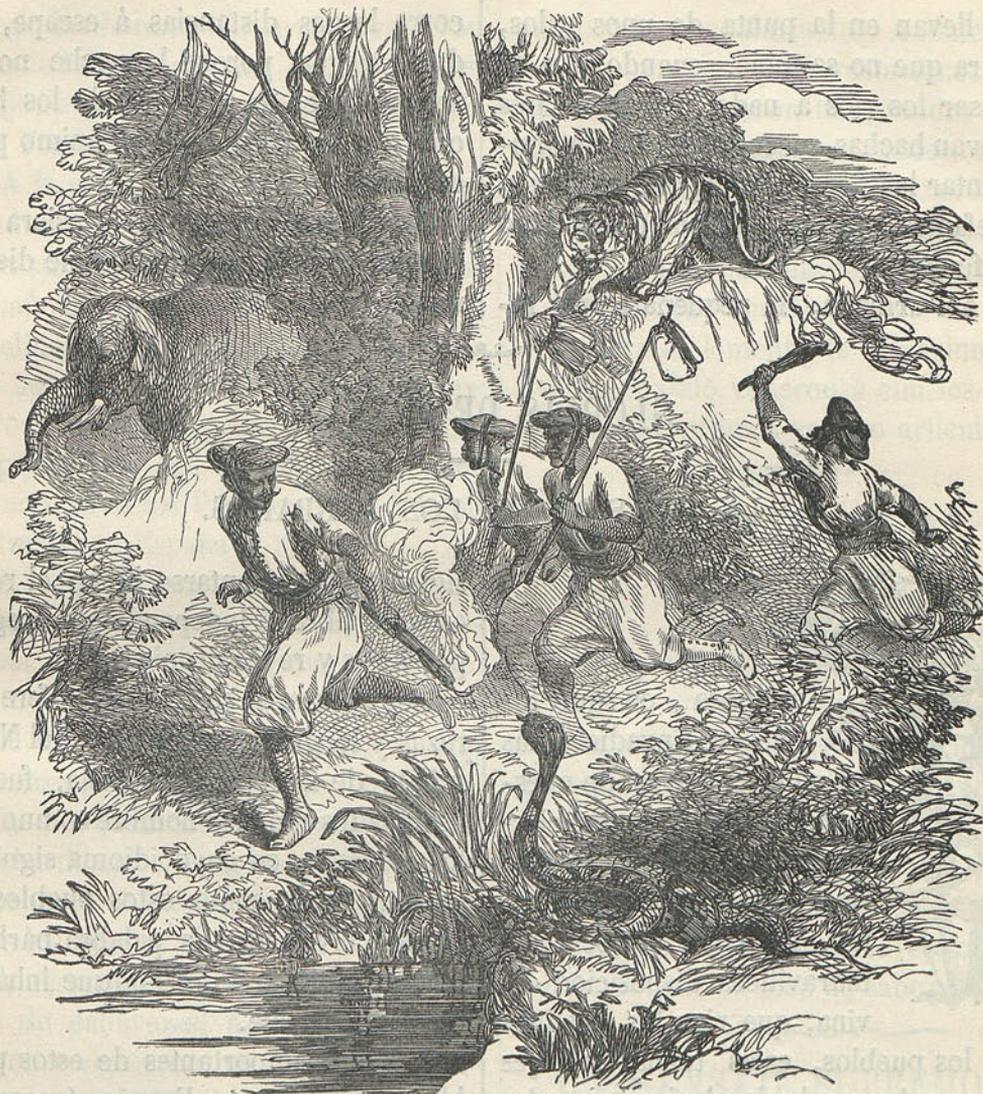
Primero te dice: aprovecha el tiem-

po, porque vuela y no vuelve más; segundo, te exhorta: prepara tu alma para que cuando llegue tu hora puedas separarte de este mundo para entrar en la bienaventuranza. En tercer lugar te recuerda que millones de seres humanos mueren sin haber oído nunca el evangelio; por tanto, cuida que el reino de Dios sea propagado por todas partes.

EL ALDEANO Y LOS MONOS.

Un aldeano que llevaba de parte de su amo al señor del pueblo un canasto de peras de regalo, halló en la escalera dos grandes monos con vestidos azules bordados de oro y la espada ceñida, que se arrojaron sobre la fruta en cuanto la vieron: como el aldeano no habia visto nunca esta especie de animales, se quitó la montera con mucha cortesía, y les dejó hacer lo que quisieron. Apenas agarraron los monos algunas peras cuando se marcharon á comerlas, y tomando entónces el labriego su canasto, se presentó al señor: este notó la falta y preguntóle en qué consistía, á lo que contestó el rústico: «Señor, lleno venia, pero los señoritos, vuestros hijos, han tomado las que faltan y quedan comiéndolas en la escalera.»

Algunos criados que habian sido testigos del lance, descubrieron la sencillez del aldeano, que fué muy celebrada en la casa y todo el pueblo rieron de ella.



LOS CARTEROS DE LA INDIA.

En nuestro país el envío de cartas y periódicos es cosa muy fácil; el ferrocarril las lleva con la rapidez del rayo, luego las toma la diligencia, y últimamente se dan al cartero para repartirlas en las casas.

En la India oriental la comunica-

ción es algo más dificultosa, y particularmente en los vastos terrenos que faltos de ciudades y pueblos se hallan cubiertos de espesas selvas y habitados por fieras y serpientes venenosas.

En estos parajes suele confiarse la correspondencia á cuatro hombres; dos

la llevan en la punta de unos palos, para que no se moje, cuando han de pasar los rios á nado; los otros dos llevan hachas encendidas á fin de ahuyentar las fieras, los tigres, panteras, elefantes, etc., que no temen nada sino el fuego.

Así armada, la pequeña tropa re-

corre largas distancias á escape, sin darse tregua, porque la noche no les sorprenda en la espesura de los bosques, ni las fieras cobren ánimo para atacarlos.

Yo, por mi parte, no quisiera ser cartero en la India, aunque me diesen un pingüe sueldo.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA INVASION DE LOS BÁRBAROS.



La época, en que los bárbaros invadieron las fértiles comarcas de nuestra Península, no fué ciertamente nada feliz ni gloriosa para el nombre español. Pero por la secreta y maravillosa disposición divina, que rige los destinos de los pueblos, estas turbas salvajes que sembraron la desolación por todas partes, han contribuido, aunque sin quererlo, á la futura gloria y grandeza de nuestra patria, derribando con sus rudos ataques el antiguo imperio de los Romanos que mantenía en eterna servidumbre y postración á todos los países, que de él formaban parte; únicamente sobre las ruinas y escombros de aquel vasto imperio que tuvo sujeta á nuestra nación por espacio de seis

siglos pudo levantarse luego el reino español libre é independiente, regido por leyes y reyes propios.

Los bárbaros, pueblos de diferentes razas y lenguas, procedentes del Norte y Este de Europa y del Asia, fueron designados con este nombre comun por los romanos, en cuyo idioma significa *extranjero*, y como estos pueblos no estaban civilizados la palabra bárbaro vino á significar lo mismo que inhábil, inculto ó salvaje.

Los mas importantes de estos pueblos que vinieron á España, fueron los Vándalos y Suevos procedentes de las orillas del Báltico, los Alanos de la Rusia meridional, y en fin, los Godos, pueblo guerrero y valiente, procedentes de Suecia.

Todos estos pueblos habian estado refrenados por Teodosio, como un torrente detenido en su marcha por un fuerte dique: roto el dique, el torrente se desborda y precipita; del mismo

modo las hordas bárbaras invadieron é inundaron todas las provincias del imperio Romano, tan luego como murió Teodosio.

A la sazón los Pirineos estaban defendidos por numerosas guardias, compuestas en su mayor parte de soldados españoles, célebres por su honradez y fidelidad á sus juramentos. Pero cuando aquellos fueron reemplazados por otros soldados relacionados por amistad y parentesco con los bárbaros, éstos franqueando los Pirineos sin dificultad entraron en España el año 409.

El espectáculo que pronto ofreció nuestra pátria, era tristísimo y horroroso. El incendio, la ruina, el pillaje, la muerte era la huella que dejaba tras sí la destructora planta de los nuevos invasores. Campos, frutos, ciudades, todo era quemado ó destruido por el hacha de aquellos salvajes. Las gentes morían de hambre, llegando el caso, ¡los cabellos se erizan de horror! de que algunos se alimentaran con la carne de cadáveres; á los horrores del hambre siguieron los de la peste, porque los campos cubiertos de cadáveres sin sepultura, exhalaban mortíferos miasmas.

En este estado se hallaba España, cuando los bárbaros, hartos de carnicería y de rapiñas, acordaron repartírsela, tocando á los Suevos la Galicia, una gran parte del reino de Leon y Castilla; á los Alanos, Portugal y Extremadura y el Sur á los Vándalos, que dieron á aquella region el

nombre de Vandalusia, hoy Andalucía.

Los extragos y devastaciones de estos últimos, fueron tan grandes que aún hoy se conserva su recuerdo en la palabra *vandalismo*, cuya expresion designa el espíritu salvaje y desolador que sin respeto ni consideracion tiende á destruir todo cuanto puede.

Tal era la lamentable situacion de España cuando vinieron á ella los Godos, como veremos en otro artículo.

¿QUIÉN SABE CALLAR?

ANÉCDOTA.

Un imprudente se burló cierto día del Tasso, en su misma presencia, y el célebre poeta guardó un silencio tal, que admiró al mofador. Otro de la concurrencia dijo en tono que pudo oírlo el poeta, que era preciso ser loco para no hablar en ocasiones semejantes. «Se engaña usted mucho, replicó el Tasso, porque un loco no sabe callar.»

UN MENSAJE SUPREMO.

Hace tres años, un gran buque se iba á pique en alta mar. Había á bordo algunos cientos de pasajeros y no disponían más que de un bote que solo podía salvar á unos pocos. Ya estaba lleno, y se balanceaba sobre las furiosas olas, cuando un hombre, que se preparaba á arrojar á él, sintió que

deslizaban en su mano un papel doblado y que le decían:

—¡Dé usted esto á mi madre!

Volvió la cabeza: era una jóvencita; quizá el marinero hubiera retrocedido, pero ya habia tomado impulso, se

arrojó al bote y se salvó. La pobre niña desapareció con el buque bajo las olas. ¿Qué habia escrito en el papel?

Hélo aquí:

«¡Querida mamá, no te desesperes por mí; voy junto á Jesus!»

Des - e - che - mos pue - ri - les te - mo - res, Ol - vi - de - mos an - ti - guo ter - ror,

Re - cor - red la car - re - ra ce - les - te Re - ves - ti - dos de no - ble va - lor.

2.

En verdad es estrecho el camino,
Y muy débil y flaco el mortal;
Mas se olvida que el Dios poderoso
Da á sus santos vigor perenal.

3.

¡Oh mi Dios, cuya fuerza infinita
Siempre dura constante en tu ser,
Mientras ves á millares los siglos
Su carrera sin fin recorrer!

4.

En tu fuente que nunca se agota,
Nuestras almas su fé beberán,
Mientras aquellos que en sí solo fian,
Agostados, sin fe, morirán.

5.

Como el ave veloz subiremos,
Y en tu trono te habrémos de ver:
Con las alas de amor, sin cansancio,
El camino podrémos correr.



EL ARCA DE LA ALIANZA

EN EL PAÍS DE LOS FILISTEOS.

Los Israelitas habían abrigado la vana superstición que la mera presencia del Arca Sagrada en su campamento bastaría para asegurarles la victoria, sin que tuviesen necesidad de

arrepentirse de sus pecados é implorar con un corazón contrito el auxilio divino. Con sabia premeditación dispuso Dios que los paganos batiesen á su pueblo y se apoderasen del Santua-

rio, á fin de que los Israelitas comprendieran que la ayuda y gracia divinas no se alcanzan por medios ni ceremonias exteriores, sino exclusivamente por la conversion del corazon.

No permitió Dios, sin embargo, que el sagrado símbolo de la alianza que habia hecho con Israel fuese menospreciado y profanado por los paganos.

Habian estos depositado el arca como trofeo de victoria en el templo de Dagon, falso dios á quien veneraban, como para indicar que sus dioses habian vencido al Dios de Israel. Pero al entrar los sacerdotes por la mañana en el templo encontraron al ídolo postrado en el suelo delante del Arca, y la cabeza con las manos en el umbral de la puerta.

El mismo milagro se repitió al dia siguiente y á la par estallaron epidemias entre el vecindario, de modo que los habitantes, aterrorizados, y comprendiendo la causa de tantos males mandaron el Arca á otra ciudad. Pero las mismas plagas se extendieron do quiera que llevaron el Arca, hasta que los príncipes filisteos congregados en consejo, resolvieron librarse de tan terrible huésped, volviendo el Arca á la tierra de Israel. Sin embargo, para cerciorarse más de que aquellas plagas eran castigo divino, y no algun accidente casual, se sirvieron de este artificio:

Pusieron el Arca, junto con ricas ofrendas, sobre un nuevo carro, unciendo á este dos vacas que criaban y

encerrando los becerros en la cuadra. Lo natural era que las vacas, impulsadas por su instinto y cariño, volvieresen adonde estaban los becerros. Pero no, contra sus impulsos naturales se encaminaron directamente hácia las fronteras de Israel, no parándose hasta que los Israelitas hubieron recogido el Arca.

Así castigó el Dios Omnipotente la supersticion de su pueblo, á la par que enalteció su nombre en medio de los paganos.

Veneremos humildemente su gran poder y sabiduría, y desechemos la supersticiosa confianza en lugares ó cosas sagradas, que para nada sirven; pues sólo el ánimo sumiso y sincero agrada á Dios.

EL TERMÓMETRO.



a que nos hemos ocupado en semanas anteriores del frio y del calor; vamos hoy á aprender la manera de conocer y medir su mayor ó menor intensidad y gradacion.

Sin duda esto os parece la cosa más fácil del mundo: porque cuando hace frio, no tardais en sentirlo, y en invierno, por ejemplo, apenas os atreveis á sacar las manos del bolsillo por miedo de que se os hielen, mientras que ahora os encontrais sudando á fuerza de tanto calor. Sin embargo, estas sen-

saciones, por fuertes que sean, no son siempre exactas y fidedignas. A menudo en pleno verano un viento fresco nos hace temblar de frio, y en un hermoso dia de invierno el sol nos calienta bastante; sin embargo no cabe duda, de que en este último caso la temperatura es mucho más baja que en el dia de verano en que sentimos frio.

Hay mas: una misma cosa puede en el mismo instante parecer caliente á una parte del cuerpo y fria á otra. Metiendo la mano en el agua de una fuente, os parecerá quizá bastante agradable y templada; pero si un compañero os echase por el cuello abajo unas cuantas gotas de esta misma agua, os haria estremecer de frio.

Para remediar pues los errores que podrian originar estos defectos y vacilaciones de nuestra facultad sensitiva, se ha inventado un pequeño aparato que indica con toda exactitud los cambios de temperatura. Se llama «termómetro», es decir, «medida del calor.»

¿Conoceis ya este instrumento? Quizá hayais tenido ocasion de verlo en el escritorio de vuestro padre, ó en alguna otra parte, colgado en la pared, y lo habeis tomado por cosa de juego. Es una tablita de madera de un pié de alto y 3 pulgadas de latitud poco más ó ménos, que contiene en el centro un tubito de cristal delgado y fino y cuyo pié forma como una bola hueca. La bola y la parte inferior del tubo contienen azogue ó mercurio, una sus-

tancia muy singular, que parece como plata líquida.

Este azogue sube y baja en el tubo segun que hace más ó ménos calor. Porque todos los cuerpos tienen la particularidad de contraerse con el frio y dilatarse con el calor; conforme pues á su mayor ó menor extension, ocupan más ó menos espacio. El mercurio, encerrado en la bola de cristal por todas partes, cuando el calor principia á dilatarlo, no tiene mas remedio que subir por el tubo, por ser este la única salida, que le queda y la única direccion en que puede extenderse.

A medida que crece el calor, el mercurio se dilata más y sube á mayor altura; cuando baja la temperatura, se contrae y va retirándose hácia la bola de donde ha salido. En este movimiento del mercurio consiste todo el misterio del termómetro; y su utilidad está en que la dilatacion ó contraccion corresponde siempre con exactitud infalible al grado de calor ó de frio que hace; no hallándose expuesto á las mismas equivocaciones que nuestros sentidos.

Y para que las observaciones se hagan en todas partes por el mismo método y sean iguales, se ha fijado una graduacion ó escala de grados, idéntica en todos los países. Como punto de partida se escoge la temperatura en que el agua principia á congelarse; y el punto en que con tal temperatura queda el mercurio del termómetro se marca con «0» (cero grados). La altu-

ra á que se eleva el azogue cuando se mete en agua hirviendo, se marca con «100» (cien grados). El espacio comprendido entre «0» y «100» se divide en 100 partes iguales que se llaman grados: llevando consignados los números de 1 á 100: segun el grado á que sube el mercurio, se dice: tenemos 10, ó 21, ó 35 etc. grados.

El espacio que media en el termómetro entre el cero y la bola hueca se divide tambien en grados, con los mismos intervalos y se llaman «grados bajo cero» y los anteriores «grados sobre cero». Si el agua empieza á congelarse el termómetro marca «cero grados», y si aumenta el frio, el mercurio baja aún más, llegando á veces en España á 3, 5 ó 7 «grados bajo cero.»

El termómetro es un instrumento utilísimo en todos los casos cuando importa conocer con exactitud la temperatura del aire, del agua etc.; no debia faltar en el cuarto del enfermo, para que este se hallase siempre disfrutando una temperatura templada.

Por medio de él se mide la temperatura del baño á fin de evitar que sea

demasiado caliente ó demasiado frio.

Tambien es indispensable para la cria del gusano de seda; porque estos animalitos son de tan delicada naturaleza que no pueden sufrir exceso de calor ni de frio; y los criadores de esos gusanos han de tener siempre el termómetro á la vista, para renovar el aire, si aumenta el calor, ó encender lumbre, cuando escasea.

EL ACREEDOR INSACIABLE.

Alfonso, rey de Castilla, dió audiencia á un caballero, que le dijo: «Señor, tengo un acreedor desapiadado, que no se cansa de perseguirme, por más que diariamente le contento: me ha arruinado, y continúa atormentándome: dadme, medios para satisfacerle.»

Preguntóle el rey quién era el acreedor, y él respondió: «Señor, es mi estómago.»

Gustóle al rey la agudeza, y mandó que le regalasen un buey.

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION:—Por un año: en Madrid 8 reales, en provincias 10 reales. Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, Calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID, 1880.—Imp. de J. Cruzado, Peñon 7.